



MONTE MALASPINA

A LA SOMBRA DE GIGANTES

Por NATALIA MARTÍNEZ

CAMINO ABIERTO

Hace un tiempo que venimos trabajando en nuestro Proyecto Uncharted, confeccionando mapas de áreas olvidadas de nuestra querida Patagonia. Para refrescar la memoria de los lectores, quería dar paso a esta pequeña línea de tiempo que comenzó en el 2012 en cordillera de Sarmiento, donde tomamos contacto con los primeros en recorrer y subir algunas de las montañas de ese remoto cordón, como Jack Miller, David Hillebrandt o Iñaki San Vicente, que nos llenaron de historias y hermosas anécdotas. Una vez ahí pudimos hacer las primeras ascensiones del cerro Trono y Alas de Ángel, donde constatamos in-situ y con todos nuestros sentidos esas maravillosas narraciones que habíamos leído y escuchado. En particular la naturaleza de su clima, pues casi no pudimos ver la luz del sol por lo riguroso del tiempo, caracterizado por un obstinado viento que sopló incesantemente durante esos veinticinco días de andanzas. Esa lucha con los elementos fue el preámbulo, el puntapié inicial a las extraordinarias aventuras que vendrían. Seguimos con la cordillera de Darwin y allí, tras cincuenta y siete años sin que nadie lograra besar





la cumbre del monte Sarmiento, esta dupla (Camilo Rada y yo) alcanzó su cima una oscura noche de invierno, con un furioso viento, señor de esas latitudes y el consuelo de la luna brillante asomándose tímida entre el caos. Tuvimos además el placer de hacerlo por una nueva ruta, siguiendo una delicadísima línea que surca la cara norte, serpenteando entre gárgolas de hielo que florecían radiantes en aquel gélido y

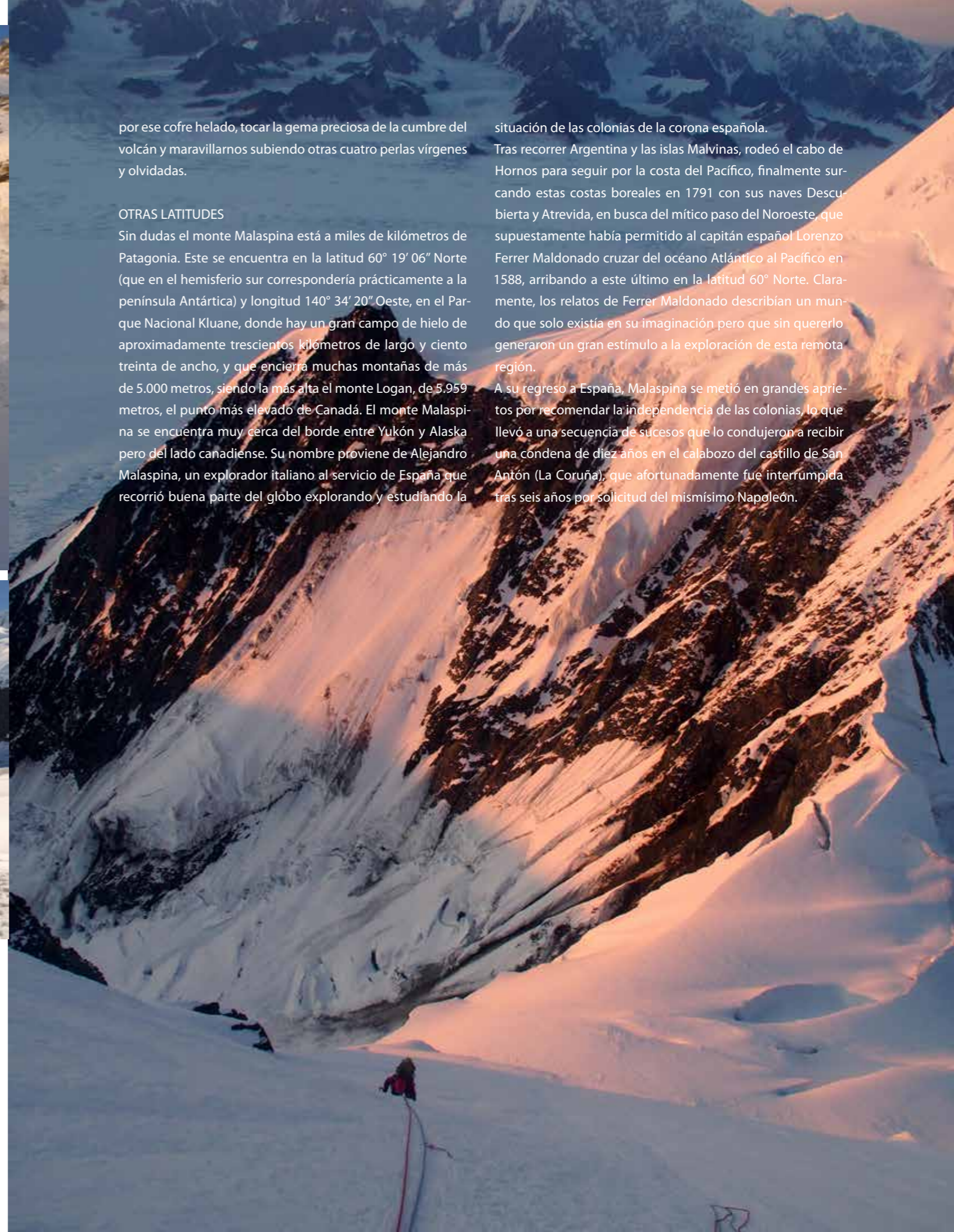
blanco invierno. El siguiente invierno nos llevaría al Campo de Hielo Sur, una gigantesca masa de hielo que, como una caja llena de alhajas, escondía una joya aún inescalada: el Aguilera, el volcán más alto inescalado de los Andes. Fue una verdadera fiesta que compartimos junto con tres amigos de Chile y Estados Unidos. El clima fue benévolo con nosotros y pudimos transitar

por ese cofre helado, tocar la gema preciosa de la cumbre del volcán y maravillarnos subiendo otras cuatro perlas vírgenes y olvidadas.

OTRAS LATITUDES

Sin dudas el monte Malaspina está a miles de kilómetros de Patagonia. Este se encuentra en la latitud 60° 19' 06" Norte (que en el hemisferio sur correspondería prácticamente a la península Antártica) y longitud 140° 34' 20" Oeste, en el Parque Nacional Kluane, donde hay un gran campo de hielo de aproximadamente trescientos kilómetros de largo y ciento treinta de ancho, y que encierra muchas montañas de más de 5.000 metros, siendo la más alta el monte Logan, de 5.959 metros, el punto más elevado de Canadá. El monte Malaspina se encuentra muy cerca del borde entre Yukón y Alaska pero del lado canadiense. Su nombre proviene de Alejandro Malaspina, un explorador italiano al servicio de España que recorrió buena parte del globo explorando y estudiando la

situación de las colonias de la corona española. Tras recorrer Argentina y las islas Malvinas, rodeó el cabo de Hornos para seguir por la costa del Pacífico, finalmente surcando estas costas boreales en 1791 con sus naves Descubierta y Atrevida, en busca del mítico paso del Noroeste, que supuestamente había permitido al capitán español Lorenzo Ferrer Maldonado cruzar del océano Atlántico al Pacífico en 1588, arribando a este último en la latitud 60° Norte. Claramente, los relatos de Ferrer Maldonado describían un mundo que solo existía en su imaginación pero que sin quererlo generaron un gran estímulo a la exploración de esta remota región. A su regreso a España, Malaspina se metió en grandes aprietos por recomendar la independencia de las colonias, lo que llevó a una secuencia de sucesos que lo condujeron a recibir una condena de diez años en el calabozo del castillo de San Antón (La Coruña), que afortunadamente fue interrumpida tras seis años por solicitud del mismísimo Napoleón.



En tierra de Auroras

Desde el año 2013, junto con Camilo hemos realizado labores en la cordillera de San Elías, en el extremo Este de ese campo de hielo, en un pequeño glaciar que cae al colosal glaciar Kaskawulsh, y donde trabajamos para la Universidad de British Columbia en la instalación de instrumentos que toman el pulso a esta masa de hielo y donde Camilo realiza sus estudios de campo. Desde allí podíamos divisar el monte Logan, el monte Vancouver y fantaseábamos con conocer esa zona. Al término de nuestro trabajo y para rematar la estadía en el área, nos aventuramos hacia el dominio de esas moles bañadas de blanco que parecían gigantes desde nuestro minúsculo avión monomotor. Ver la magnitud de ese lugar desde el cielo, bajo los suaves rayos del astro rey, fue un regalo invaluable.

Cuando una está rodeada de grandes montañas como el monte Logan y su mítica ruta del Hummingbird Ridge, o el San Elías con el descenso en esquí más largo del mundo, o los montes Augusta, Vancouver o Fairweather, una queda totalmente maravillada y atraída por estas super stars y lo que queda eclipsado en su sombra no se ve con claridad, queda relegado al olvido...

Pero cuando llegamos a los pies del Malaspina no solo me maravilló su esbelta figura y sus finas líneas. Me sorprendió también lo complejo de la ruta, lo encriptado del camino, el laberinto que deberíamos descifrar si queríamos llegar a su punto más alto.

Tardamos tres días en encontrar una pasada "segura" por el glaciar, que protegía con abismales grietas la cara norte de la montaña. Una vez superado el obstáculo, decidimos montar un campamento alto a los pies de la pared y aguardar a

que las condiciones se dieran para intentar la cumbre. Pasado el segundo día de espera, y mientras compartíamos unos mates, un ruido ensordecedor y una ráfaga de viento brutal comenzó a sacudir nuestra pequeña carpa. Fueron segundos larguísimos y de mucha incertidumbre. Nuestras miradas se clavaron el uno en el otro, un silencio de emociones cortaba el ruido que nos envolvía; y solo esperaba que una gran masa de nieve nos sepultara. Por suerte eso no pasó.

Al salir de la carpa, descubrimos que un serac había caído unos mil metros por la pared y, al impactar contra el glaciar, se había multiplicado en millares de proyectiles del tamaño de televisores, uno de los cuales había quedado a escasos metros de nuestra carpa. Luego de digerir ese momento, la decisión fue bajar lo antes posible hasta la seguridad del campamento base e intentar la cima desde allí, lo que le agregaría un esfuerzo adicional al día de cumbre.

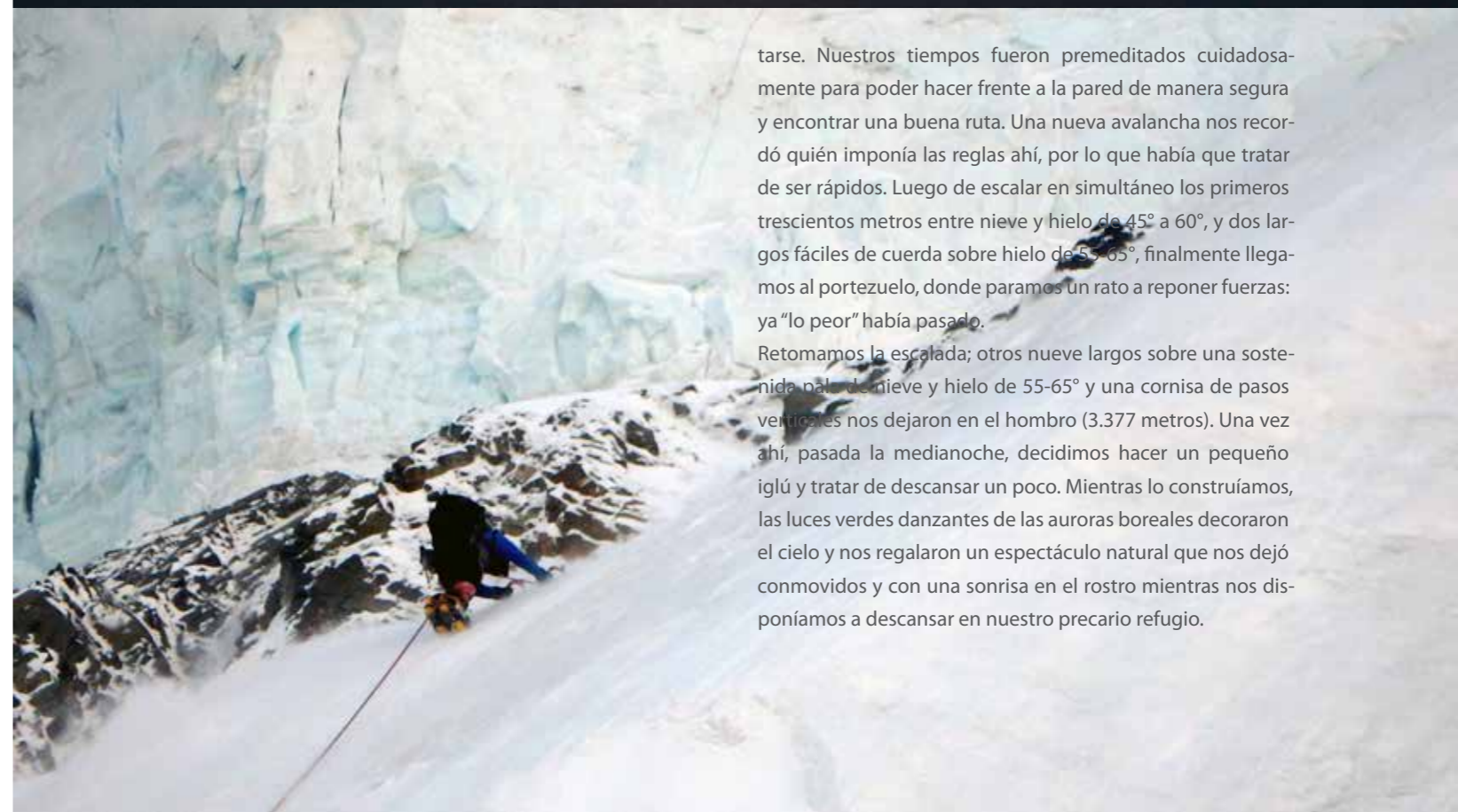
ESCALANDO NUESTROS MIEDOS

El 14 de agosto parecía ser el día indicado. Bien de madrugada salimos rumbo a la cumbre, pasando en puntas de pie por las laderas del glaciar donde los seracs colgantes y conos de deyección aún dormían.

Al empezar la escalada propiamente dicha, ya comenzaba a aclarar y la montaña a desper-



Al llegar al punto donde había sido nuestro campamento alto, cambiamos los esquís por botas, nos calzamos los grampones y seguimos rumbo a lo desconocido. Nos dirigimos hacia el filo Este de la montaña; ahí nos esperaba otra banda de seracs que colgaban desde el col Este y una pala de unos 350 metros.



tarse. Nuestros tiempos fueron premeditados cuidadosamente para poder hacer frente a la pared de manera segura y encontrar una buena ruta. Una nueva avalancha nos recordó quién imponía las reglas ahí, por lo que había que tratar de ser rápidos. Luego de escalar en simultáneo los primeros trescientos metros entre nieve y hielo de 45° a 60°, y dos largos fáciles de cuerda sobre hielo de 55-65°, finalmente llegamos al portezuelo, donde paramos un rato a reponer fuerzas: ya "lo peor" había pasado.

Retomamos la escalada; otros nueve largos sobre una sostenida pala de nieve y hielo de 55-65° y una cornisa de pasos verticales nos dejaron en el hombro (3.377 metros). Una vez ahí, pasada la medianoche, decidimos hacer un pequeño iglú y tratar de descansar un poco. Mientras lo construíamos, las luces verdes danzantes de las auroras boreales decoraron el cielo y nos regalaron un espectáculo natural que nos dejó conmovidos y con una sonrisa en el rostro mientras nos disponíamos a descansar en nuestro precario refugio.



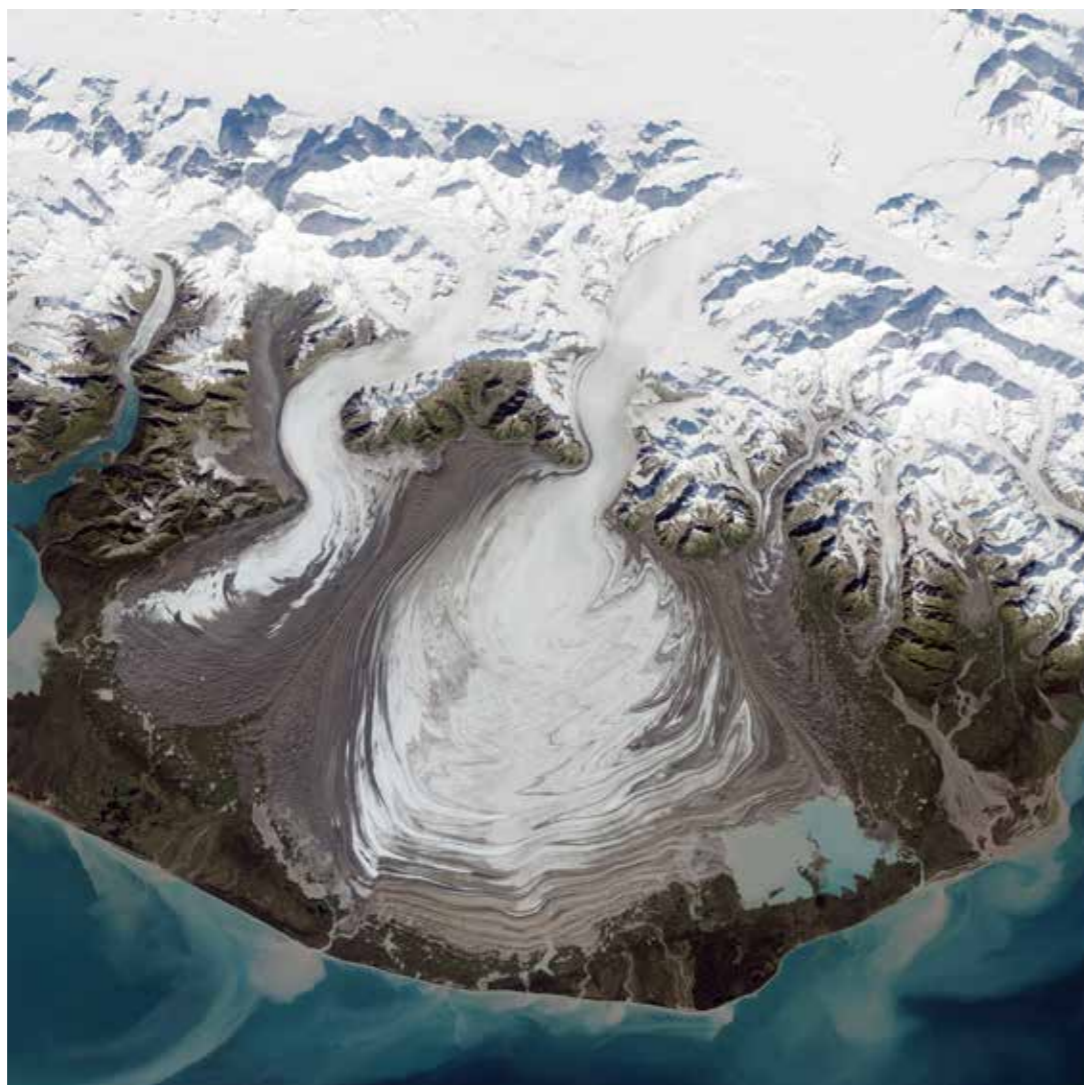
Al día siguiente, mientras escalábamos los últimos metros, el sol nos devolvía el calor que habíamos perdido poco a poco durante la noche.

Una caminata y unas pasadas técnicas nos dejaron, pasado el mediodía, en el punto más alto del monte Malaspina donde nuestro GPS marcaba 3.756 metros. La vista de 360° era de una transparencia sin igual. El imponente glaciar Malaspina trataba de devorarse el mar. Todo el cordón San Elías y sus filos intransitables abarrotados de desmesuradas cornisas. El más alto, el monte Logan, en todo su esplendor y, a lo lejos, el monte Fairweather. Dos colores se imponían, el blanco immaculado de los glaciares y el azul intenso del cielo.

La montaña nos había permitido incursionar en ella, pero no por mucho tiempo, por lo que fuimos respetuosos; fueron escasos los minutos que permanecimos en ese lugar, pero lo que registraron nuestros ojos quedará guardado por siempre como un gran tesoro.

Ahora había que volver a la seguridad de nuestro campamento base y aún quedaba la mitad del camino. Si bien nos sentíamos tranquilos, un cosquilleo en el estómago me recordaba que quedaban largas horas de miedo por recorrer.

Quince fueron los rapeles que nos dejaron en la base de la pared, entre nubes y ventisca, entre la absoluta oscuridad y la incertidumbre. Luego de cincuenta y cinco horas y solo unas cuatro de sueño, con las mochilas cargadas de sensaciones regresamos felices y ex-



haustos al amparo de nuestro castillo de tela.

Este desafío me hizo convivir con sentimientos quizás ocultos y que no había experimentado con tanta intensidad. Uno de ellos fue el miedo: lo sentí constantemente, como una provocación, pero me permitió descubrir que podía gobernarlo y transformarlo en energía para continuar. Hubo momentos de mucha duda y tensión, pero tenía la certeza de que al final lo lograríamos.

AGRADECIMIENTOS

A Damián Gildea por contarnos de la existencia del monte Malaspina. A Outdoor Research por acompañarnos desde nuestros comienzos con el Proyecto Uncharted. A G3, que nos facilita el transitar sobre esos remotos lugares.

A Sian y Lance y su empresa Icefield Discovery, quienes nos acercaron en su monomotor a esa bellísima área y a Tom, su piloto.

A Sebastián Irarrázaval por mantenernos alertas con el clima y las auroras boreales!

Entrenamiento para emergencias



DISEÑO: Martín Luciani - luciani@argentina.com

Desde 1998 la Fundación Ecomed tiene como misión proveer la más alta calidad en educación e información referente al reconocimiento, tratamiento y prevención de emergencias.



www.ecomed.org.ar



Ecomed